

## ¿POR QUÉ HAY NIÑOS QUE CUANDO JÓVENES LLEGAN A COMPORTARSE VIOLENTE? CLAVES PARA COMPRENDER EL DESARROLLO DE LA VIOLENCIA

---

## WHY ARE THE CHILDREN WHO BECOME VILENT WHEN THEY GROW UP? KEYS TO UNDRSTAND THE DEVELOPMENT OF VIOLENCE

Miguel COSTA CABANILLAS\*  
José Manuel MORALES\*\*

\* Área de Estudios y Formación  
\*\* Servicio de Investigación

---

### RESUMEN

*Comprender el fenómeno de la violencia que afecta a niños y adolescentes es hasta ahora una difícil tarea para investigadores y profesionales. Este artículo intenta ofrecer un modelo holístico de acuerdo a los estudios actuales publicados en revistas nacionales e internacionales. Aunque la definición de violencia está afectada por un juicio social y cultural, los investigadores han intentado establecer un criterio operativo que permita análisis comparativos entre los diferentes factores estructurales e interpersonales. Los autores se centran en la agresión interpersonal y describen cómo los múltiples factores de riesgo y de protección (culturales, sociales, parentales, personales) interactúan entre ellos y dan cuenta de las manifestaciones de violencia. Las estrategias de prevención deberían basarse sobre este modelo integrado.*

**PALABRAS CLAVE:** *Violencia y agresión. Conducta antisocial. Niños y adolescentes. Epidemiología. Factores de riesgo y de protección.*

### SUMMARY

*Understanding the phenomenon of violence affecting children and adolescences is still a difficult task for researchers and proffesionals. This review tries to offer a holistic model according to the current studies published at national and internacional journals. Although the definition of violence is affected by a social and cultural judgment, bachelors have*

*¿Por qué hay niños que cuando jóvenes llegan a comportarse violentamente?...*

*attempted to establish and operational criteria allowing comparative analysis between different structural and interpersonal factors. The authors have focused on interpersonal aggression and have described how multiple risk and protective factors (cultural, social, parental and personal ones) interact between them, promoting violence manifestations.*

KEY WORDS: *Violence and aggression. Antisocial behavior. Children and adolescence. Epidemiology. Risk and protective factors.*

## INTRODUCCIÓN

Recientemente, en los últimos meses, estamos asistiendo en nuestro país a una acumulación de noticias sobre asesinatos y actos violentos que contribuyen a situar el tema de la violencia en un fenómeno de patente actualidad y objeto de preocupación por parte de las diferentes instancias sociales. Se ha cerrado el año 1998 con asesinatos de mujeres a manos de sus parejas, la violencia terrorista ha protagonizado actos de especial dramatismo y no faltan tampoco noticias de asesinatos de jóvenes y adolescentes a manos de grupos adscritos a ideologías que hacen de la violencia un sello de identidad.

La violencia personal parece ser un fenómeno epidémico que se autoperpetua a través de generaciones y ante el que la sociedad viene fracasando, una y otra vez, en desarrollar respuestas con éxito. El endurecimiento de penas o castigos para quienes han sido agentes causales de actos violentos y el establecimiento de normas orientadas a proteger a las víctimas frente a los violentos, han sido medidas, entre otras, que se han promovido con relativa frecuencia con el objetivo de controlar y prevenir la violencia personal y cuyos resultados han sido claramente insatisfactorios.

Este balance negativo no resulta tan extraño si nos apercebimos de que la violencia es un fenómeno extremadamente complejo y multicausado y en el que se hayan entrelazados factores culturales,

económicos, sociales, familiares y personales. No obstante, estamos convencidos de que una manera efectiva de comenzar a abordar el fenómeno de la violencia en cualquiera de sus manifestaciones es reorientando nuestra mirada e indagación hacia los orígenes y primeras etapas de los procesos de socialización de los seres humanos. Ello equivale a hacerse una pregunta de especial relevancia y significación: **¿por qué hay niños que llegan a comportarse violentamente?** Responder esta pregunta es la pretensión de este artículo. Y lo haremos a la luz de la investigación y de los desarrollos teóricos que se han revelado como de gran utilidad para llegar a comprender la violencia.

## LA VIOLENCIA EN NIÑOS Y ADOLESCENTES

El camino de la indagación empírica para responder a la pregunta de por qué los niños llega a ser violentos está sembrado de especiales dificultades, unas de naturaleza conceptual y otras de tipo metodológico. Ello implica también afrontar cuestiones tales como qué se entiende por violencia, cuál es la gravedad del problema y cuáles son sus factores etiológicos.

**1. Es un fenómeno que resulta difícil de definir.** Esta es una de las primeras dificultades que nos encontramos. Hay quienes definen la violencia en un sentido muy restrictivo ligado al término jurídico de agresión, entendiendo como tal cual-

quier acto, intencional o no, que ocasiona daño físico a otras personas (Chasin, 1997), otros, en cambio llegan a definirla como cualquier intento de controlar o dominar a otra persona (Wolfe *et al.* 1996) significando las expresiones no físicas de la violencia tales como aislamiento, limitación del rol de género, insultos, amenazas de infringir o infringirse daño, intimidación, etc., así como el abuso físico en sus diferentes manifestaciones y abuso sexual. Existen también definiciones que diferencian la violencia estructural de la interpersonal. La primera suele ser consecuencia de los sistemas de estratificación social, a menudo pasa desapercibida porque está íntimamente vinculada a las condiciones de la vida cotidiana y en ocasiones se manifiesta de manera virulenta a través de conflictos sociales como consecuencia de las graves desigualdades sociales que ha generado. Nosotros, en este trabajo, nos ocuparemos de la violencia interpersonal y entendemos por tal cualquier táctica comportamental coercitiva, con la intención de dominar y controlar a otra persona en una relación interpersonal y que puede producir daño físico, social o psicológico. En cualquier caso, cuando definimos un acto o comportamiento como violento lo hacemos sobre la base de un **juicio social** y en un contexto cultural e histórico determinado. En este sentido, la violencia ha sido, y de hecho lo es en determinados contextos sociales y para determinadas personas, una norma aceptable en las relaciones. Como hemos sostenido en otra parte (Costa *et al.*, 1996) podemos establecer un continuo en el mundo de las relaciones en el que en un extremo estarían las relaciones francamente violentas y difíciles de ocultar porque se traducen en lesiones cuando no en muertes, y en el otro extremo se situarían lo que podríamos llamar relaciones óptimas y mutuamente satisfactorias. Entre estos dos extremos existen

condiciones muy variopintas y en las que resultaría difícil establecer la frontera de separación entre lo que constituyen relaciones violentas y aquellas que no lo son y en las que puede hacerse compatible el trato más exquisito desde el punto de vista físico con la crueldad y violencia emocional o psicológica más extremas.

El juicio social que hacemos se configura en un marco histórico de transacciones entre lo que es el conocimiento que tenemos de las necesidades que los seres humanos experimentamos en nuestro desarrollo y el mundo de la cultura y de los valores. Qué duda cabe que cuanto más sabemos acerca de estas necesidades y cuánto más extendidos e internalizados estén los valores democráticos en una sociedad se es más exigente en cuanto a las relaciones y, por tanto, el juicio social cambiará. Muy pocos padres tolerarían hoy día por ejemplo el trato humillante y vejatorio desde el punto de vista físico y psicológico del que hemos podido ser objeto hace décadas por parte de algunos educadores de nuestra infancia que, incluso, podían ser alentados a ello por nuestros propios padres, y era percibido como un signo de preocupación e interés educativo.

Por lo que respecta al maltrato infantil, como forma de violencia hacia los niños, se han hecho esfuerzos meritorios en nuestro país por establecer definiciones precisas e indicadores objetivos que faciliten el acuerdo entre diferentes observadores e informadores o notificadores potenciales del maltrato (Arruabarrena, de Paúl y Torres, 1994). Ello por otra parte, se revela de especial significación para el afrontamiento e investigación de este problema por cuanto bajo el término genérico de maltrato se engloban diferentes tipologías con implicaciones diferentes tanto para su detección, como su tratamiento y prevención.

Tabla I  
Epidemiología de la violencia infanto-juvenil

	Estudios Nacionales	Estudios Internacionales
Maltrato Infantil	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Estudio Guipuzcoa (De Paúl <i>et al.</i> 1995) 15/000</li> <li>- Estudio Catalán (Inglés, 1995) 5/000</li> <li>- Estudio andaluz (Jiménez <i>et al.</i> 1995) 15/000-</li> <li>- Estudio estatal de expedientes (Jiménez, 1996) 0,44/000</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- National Family Violence Resurvey (Strauss, 1986)                             <ul style="list-style-type: none"> <li>- Viol. Severa: 10,7%</li> <li>- Viol. Muy severa: 1,9%</li> </ul> </li> <li>- Finnish Incidence Survey (Sariola y Uutela, 1992)                             <ul style="list-style-type: none"> <li>- Viol. Leve: 19%</li> <li>- Viol. Severa: 5%</li> </ul> </li> </ul>
Abuso sexual	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Estudio estatal (López <i>et al.</i>, 1995)                             <ul style="list-style-type: none"> <li>- mujeres: 22%</li> <li>- varones: 15%</li> </ul> </li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- American National Survey (Finkelhor, 1990)                             <ul style="list-style-type: none"> <li>- mujeres: 27%</li> <li>- varones: 16%</li> </ul> </li> </ul>
Violencia sufrida por jóvenes	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Estudio vasco (Elzo, 1997) -16,9% escolares</li> <li>- Informe Juventud (M. Serrano, 1997) -6% (5% palizas)</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Estudio francés (cit. En Elzo, 1997) -16,9% escolares</li> </ul>
Violencia entre iguales	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Fernández y Quevedo, 1989</li> <li>- Ortega, 1994 15-27% escolares</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Estudio Noruego (Olweus, 1984) -15% escolares (9% víctimas, 7% agresores)</li> </ul>

**2. Es un fenómeno de difícil cuantificación.** Una gran parte de los casos de violencia acontecen en el espacio privado de la vida familiar, por lo que, salvo los casos graves que se manifiestan a través de lesiones y muerte, resulta muy difícil su identificación. Así pues, aunque existen estudios que nos aproximan a la cuantificación de la gravedad e importancia del fenómeno de la violencia que afecta a niños y jóvenes, resulta casi imposible conocer la magnitud real del problema (Morales y Costa, 1997). En la Tabla I se muestra un resumen de estudios relevantes nacionales e internacionales. Las diferencias conceptuales y metodológicas y los diferentes acercamientos a la cuantifica-

ción explican las notables diferencias en las cifras que se muestran. Mientras que la mayor parte de los estudios de maltrato son estudios de incidencia y basados en diferentes fuentes, los estudios de abuso sexual son de prevalencia y a partir de encuestas a población general. Por otra parte, la cifra tan baja del estudio de expedientes se explica porque la única fuente de información que se utiliza son los expedientes que se abren en los servicios especializados de infancia de las Comunidades Autónomas por motivos de maltrato. Por último, los estudios de violencia a jóvenes se han hecho a partir de encuestas a población escolar.

**3. Es un fenómeno, por último, complejo y multicausado.** No existe un único factor etiológico responsable de la violencia. Los conceptos de riesgo y de protección nos resulta de utilidad para comprender la complejidad e interdependencia de las variables implicadas en su origen. El concepto de riesgo que aquí utilizamos en modo alguno ha de ser interpretado como un agente causal etiológico de los comportamientos violentos y ni tan siquiera como una variable independiente que opera al margen de otras influencias (Costa y Morales, 1997).

#### FACTORES DE RIESGO Y DE PROTECCIÓN

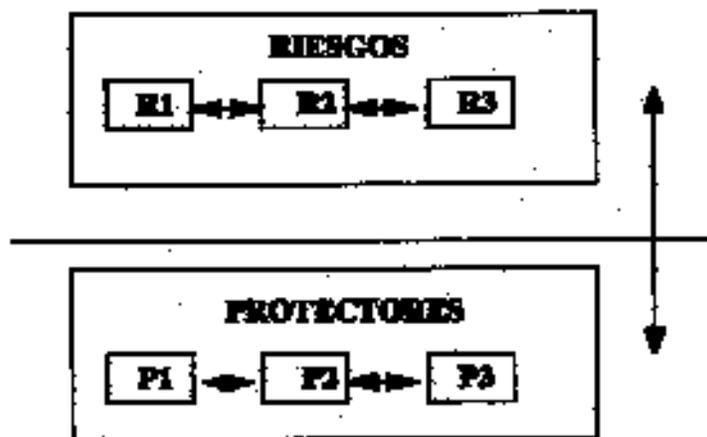
Entendemos por **riesgo** aquellas circunstancias y condiciones que incrementan la probabilidad de que un niño o adolescente desarrolle comportamientos o relaciones violentas comparados con aquellos otros que no están expuestos a tales eventos o circunstancias. En cambio, por factor de protección, entendemos aquellas circunstancias, variables o condiciones que reducen la probabilidad de que un niño desarrolle comportamientos violentos aún en presencia de un riesgo. En la bibliografía especializada, estos últimos factores han tenido diferentes denominaciones según autores: afrontamiento, amortiguación o tampón, resiliencia,...

En la investigación psicosocial, tanto los factores de riesgo como los de protección no pueden ser interpretados adecuadamente si no es en un contexto funcional de relaciones de esos mismos eventos y circunstancias, y no aisladamente. Y así, tenemos por ejemplo que los efectos especialmente negativos como la existencia de un ambiente familiar especialmente punitivo o el alcoholismo o consumo de drogas de los padres pueden quedar neu-

tralizado o llegar a ser un riesgo más o menos efectivo en la medida en que se de combinado con otros riesgos o con la ausencia de determinados factores de protección. Por otra parte, tanto la acción de los factores de riesgo como de protección pueden tener una acción más o menos prolongada o permanente o más o menos coyuntural. Estamos de acuerdo con Rutter (1987) cuando plantea que el riesgo debería ser visto como un proceso. Los ingredientes activos de un riesgo, y de un factor de protección, no residen en la variable en sí misma, sino en una serie de procesos que fluyen de la variable, que enlazan las condiciones de riesgo con resultados disfuncionales específicos. Es un modelo transaccional que contempla el flujo de unas variables a otras y de estas y sus relaciones a los resultados específicos (violencia, depresión, logro académico, maltrato,...). Así por ejemplo, una misma variable en el mismo niño (Ej. timidez) puede funcionar como un riesgo con respecto a un resultado (depresión), puede ser neutral con respecto a otro resultado (quizás logro académico), y puede funcionar como factor de protección con respecto a un tercer resultado, en el sentido de que los niños tímidos tienen mucho menos probabilidad de llegar a ser altamente agresivos o delincuentes (Kellan *et al.*, 1983; Rutter, 1987). De la misma manera una misma fuente de estrés en la familia, puede plantear diferentes tratos parentales con respecto a los hijos y, a su vez, el diferente comportamiento de estos introduce tratos diferentes y, todo ello, ocasiona resultados en el desarrollo y aprendizaje también diferentes (Henderson, Hetherington y Mekos, 1996).

Dentro del ámbito de la violencia, ha sido en la investigación sobre el maltrato y el desarrollo infantil en donde estos modelos transaccionales se han desarrollado más ampliamente (Werner, 1987; Cicchet-

Figura 1  
Modelo adaptado y simplificado de Albee



ti y Lynch, 1993; Morales *et al.* 1997). En este modelo se introduce también el concepto de **vulnerabilidad** como amplificador de la probabilidad de resultados negativos en presencia de riesgos.

En la figura 1 se muestra un esquema simplificado y adaptado del modelo de prevención primaria de Albee que puede resultar de utilidad para entender el desarrollo de los problemas de violencia a partir de la influencia de los factores de riesgo y de protección. A la luz de este esquema, el desarrollo de relaciones violentas resulta de las transacciones entre los riesgos del numerador y entre estos y los factores de protección del denominador. En este sentido, cuanto mayor sea el balance transaccional entre riesgos y factores de protección mayor vulnerabilidad habrá para el desarrollo de relaciones violentas. Veamos por separado los riesgos y los factores de protección.

Un desarrollo más pormenorizado de los factores de riesgo específico del maltrato puede verse en Gracia y Musitu (1993), Morales *et al.* (1997) y en Costa y Morales (1997). Aquí nos detendremos

únicamente en aquellos factores más asociados con el desarrollo de la violencia en niños en general (Gregg, 1995).

En la Tabla II puede verse de manera resumida y sistematizada un marco conceptual integral de los principales factores de riesgo y de protección, teniendo en cuenta la dimensión temporal (permanente o puntual en el tiempo) de ambos y estructurada en los principales niveles ecológicos que afectan a los padres y a los niños: culturales, sociales y escolares, familiares y personales. Respecto al contenido de esta tabla cabe decir que el conocimiento que se tiene de todos estos factores es incompleto y que, aún hoy día, no se puede esperar un total acuerdo dado la gran variedad de poblaciones objeto de estudio y los diferentes diseños utilizados. Por lo que se refiere a los factores de protección han sido estudiados con menor profusión que los factores de riesgo pero tienen el gran atractivo de que nos ayudan a comprender por qué niños que aún estando en condiciones de riesgo se mantienen inmunes y no desarrollan problemas de violencia.

Tabla II

**Modelo transaccional del desarrollo de la violencia: factores de riesgo y de protección**

FACTORES DE RIESGO					
	PERSONALES	FAMILIARES	ESCOLARES	SOCIALES	CULTURALES
VULNERABILIDAD	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Impulsividad</li> <li>- Dificil trato</li> <li>- Inhabilidad social</li> <li>- Baja tolerancia a la frustración</li> <li>- Inhabilidad para demorar la gratificación</li> <li>- Baja inteligencia</li> <li>- Comienzo temprano de conductas agresivas</li> <li>- Exposición a violencia como víctima o como testigo</li> <li>- Baja autoestima</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Historia parental de problemas de conducta</li> <li>- Aislamiento social</li> <li>- Escasa e inadecuada vinculación afectiva</li> <li>- Prácticas de crianza restrictivas, arbitrarias y punitivas</li> <li>- Deficiente supervisión</li> <li>- Alcoholismo parental</li> <li>- Violencia entre paredes</li> <li>- Baja educación parental</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Fracaso escolar</li> <li>- Pobre rendimiento académico</li> <li>- Se promueven bajas aspiraciones y objetivos</li> <li>- Desorganización escolar</li> <li>- Escuelas grandes y masificadas</li> <li>- Ausencia de apego con profesores</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Deprivación económica y precariedad laboral</li> <li>- Desorganización comunitaria</li> <li>- Altas tasas de vandalismo y delincuencia</li> <li>- Aislamiento social</li> <li>- Baja cohesión comunitaria</li> <li>- Amigos con conductas agresivas</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Rigidez del rol de género</li> <li>- Clima social sexista</li> <li>- Violencia y sexismo en los mass media</li> <li>- Aceptación social del castigo y violencia</li> </ul>
DESENCADENANTES	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Rechazo del grupo de iguales</li> <li>- Fracaso social y/o académico</li> <li>- trastornos de conducta</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Conflictos familiares</li> <li>- Disponibilidad de drogas y de armas</li> <li>- Presencia de enfermedad</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Fracaso puntuales</li> <li>- Seguimiento inadecuado de estudiantes</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Movilidad geográfica</li> <li>- Presión de grupo</li> <li>- Desempleo</li> </ul>	
FACTORES DE PROTECCIÓN					
	PERSONALES	FAMILIARES	ESCOLARES	SOCIALES	CULTURALES
RESISTENCIA	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Buena salud</li> <li>- Competencia social y de solución de problemas</li> <li>- Autonomía</li> <li>- Alta autoestima</li> <li>- No se frustran con facilidad</li> <li>- Saben lo que quieren y tienen control personal</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Afecto, empatía, apoyo emocional y apogos mutuos</li> <li>- Supervisión con normas y límites claros</li> <li>- Promueven valores prosociales</li> <li>- Prácticas de crianza coherentes y democráticas</li> <li>- Modelado prosocial</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Establecen altas expectativas</li> <li>- Promueven apoyo social necesario</li> <li>- Buena organización escolar</li> <li>- Implican a los padres en la toma de decisiones</li> <li>- Promueven éxito y autoestima</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Cohesión social en la comunidad</li> <li>- Existencia de redes sociales estables</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Valores democráticos</li> <li>- Flexibilidad de roles de género</li> <li>- Igualdad de géneros</li> </ul>
POTENCIADORES	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Logro de objetivos significativos</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Experiencias significativas de solución de problemas</li> <li>- Armonía marital</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Experiencias de éxito escolar</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Disponibilidad de recursos sociales y financieros</li> </ul>	

*¿Por qué hay niños que cuando jóvenes llegan a comportarse violentamente?...*

Los diferentes factores de riesgo tienen un diferente efecto en su contribución a la violencia según tenga un carácter general o específico. El embudo de la violencia de Wolfe, Wekerle y Scott (1997) (ver figura n° 2) nos ayuda a comprender gráficamente esta diferente contribución. Así tenemos que los factores de riesgo generales (culturales y sociales) que se sitúan en la parte superior del embudo están presentes para un mayor número de niños y adolescentes, mientras que factores de riesgo específicos están primariamente operativos sólo para aquellos que están en un mayor riesgo de tener relaciones violentas (Ej. jóvenes vulnerables). A su vez, estos factores se acumulan en el cuerpo del embudo y establecen relaciones e interacciones entre ellos. Desde esta perspectiva, los factores generales de riesgo pueden desencadenar violencia porque

ellos están asociados, si bien no directamente responsables, con resultados violentos o factores específicos de riesgo.

## 1. Factores Culturales

En efecto, en la boca del embudo estarían las experiencias a las que la mayor parte de los niños y adolescentes están expuestos sobre una base regular. Estos factores incluyen la cultura prevalente, con sus puntos de vista estereotipados de los sexos incluyendo su tolerancia de las relaciones violentas, los descarados así como sutiles mensajes sociales y culturales que glorifican, alaban, o ensalzan la conducta violenta o abusiva, el sexismo y el racismo. La rigidez de rol de género, que es vista como un producto de las prácticas de socialización "tradicional" y en las que los chicos son edu-

Figura 2  
El embudo de la violencia



cados para ser fuertes, no comunicativos, competitivos, y en el control, y las chicas son educadas para ser sumisas, orientadas al otro, y no expresar cólera directamente, y su relación con la violencia si bien ha recibido poco apoyo empírico hasta la fecha, algunos estudios (Stith y Farley, 1993; Wolf, Wekerle y Scott, 1997) subrayan esta relación y, sobre todo, la vulnerabilidad de jóvenes con estas actitudes para mostrar violencia en las relaciones.

Por otra parte, existe evidencia empírica de que las conductas de los chicos y chicas son reforzadas diferencialmente por padres, enseñantes e iguales. Los chicos en general reciben más recompensas que las chicas por exhibir comportamientos agresivos.

En este ámbito, merece destacarse el papel que la televisión tiene como mecanismos de transmisión cultural. La exposición a la violencia a través de televisión parece tener tres efectos principales (Wolfe, Wekerle y Scott, 1997; National Association for the Education of Young Children, 1990):

— Los niños pueden llegar a ser menos sensibles al dolor y al sufrimiento de los otros.

— Los niños pueden llegar a ser más temerosos del mundo que les rodea.

— Los niños pueden tener mayor probabilidad de comportarse de manera más agresiva hacia los otros.

Por lo que respecta a los factores de protección, el acceso a los valores democráticos de igualdad y de flexibilidad de roles de género podrían estar asociados con contextos que neutralizarían el desarrollo de la violencia.

## 2. Factores sociales y escolares

A medida que nos acercamos hacia la apertura más estrecha del embudo nos acercamos a aquellos agentes dentro de nuestros entornos sociales y familiares más inmediatos que sirven de "filtros" para los mensajes y valores culturales de proviolencia. Entre los **factor es de riesgo** más relevantes se encuentran:

2.1. **El Ambiente socioeconómico que genera procesos de exclusión social.** La deprivación económica y el desempleo, así como las condiciones de exclusión social que generan, son condiciones estructurales en las que pueden germinar las experiencias de maltrato y, por tanto, condiciones de aprendizaje temprano de la violencia.

Aunque las condiciones de bajo estado socioeconómico en que se han desarrollado los niños pueden predecir problemas de ajuste y comportamientos agresivos en edades posteriores, estos problemas pueden ser explicados mejor por la mediación de experiencias concretas de aprendizaje asociadas a estas condiciones: ausencia de estimulación, falta de apoyo social de la madre, falta de empatía familiar, disciplina violenta, exposición a modelos agresivos, estresores de la vida familiar, hacinamiento,.. (Dodge, Pettit y Bates, 1994). Cuando estos factores son controlados, la condición socioeconómica per se o clase social muestra poca o ninguna relación (Robins, 1978; Kazdin y Bucla-Casal, 1994).

2.2. **El vecindario.** Aunque el vecindario puede ser importante, su efecto está ampliamente mediado por otros factores tales como la familia, la movilidad y los problemas económicos. En cualquier caso, el grado de desorden de

un vecindario puede estar asociado con la reducción de la supervisión de los padres y con una mayor exposición a actos violentos del grupo de iguales (Gullotta, Adams y Montemayor, 1998).

**2.3. El ambiente escolar.** Un ambiente escolar masificado y en que proliferan modelos agresivos y presión de grupo inadecuada son contextos que generan oportunidades para el desarrollo de comportamientos violentos o de ser víctimas de ellos (Kazdin y Buéla-Casal, 1994; Wolfer, Wekerle y Scott, 1997). Existen jóvenes que cometen actos violentos y arriesgados en grupo que en solitario serían capaces de hacerlo.

Por el contrario, un ambiente escolar personalizado junto con las experiencias educativas de éxito y la existencia de amigos reducen la vulnerabilidad para el desarrollo de comportamientos agresivos.

**2.4. La exposición a la delincuencia y violencia del grupo de iguales** parecen estar fuertemente relacionados con los comportamientos antisociales y la violencia de los adolescentes. Es más, y en la opinión de expertos, **la asociación con la delincuencia de los iguales es el mejor predictor de la delincuencia de los adolescentes** en la investigación actual. En este sentido, muchos investigadores han concluido que la delincuencia es un resultado directo de tener amigos delincuentes y de la **presión de grupo** que estos ejercen. Si bien, y como ya hemos subrayado anteriormente, en las interacciones y transacciones con otras variables (Gullotta, Adams y Montemayor, 1998).

### **3. Factores familiares**

**3.1. La exposición temprana a la violencia.** Hay considerable evidencia

(Holden y Ritchie, 1991; Dodge, Pettit y Bates, 1994; Rutter, 1994; Holtzworth-Munroe, Smutzler, y Sandin, 1997) de que los niños cuyos padres utilizan en casa estrategias violentas de solución de problemas, son más agresivos, tanto en casa como en otros contextos.

**3.2. El maltrato en la infancia puede ser una semilla para la violencia.** Es decir, la experiencia de maltrato durante la infancia es un predictor en la adolescencia y etapas posteriores de comportamientos violentos (Fergusson y Lynskey, 1997). Por lo que respecta al fenómeno de la transmisión intergeneracional del maltrato, aunque existe una mayor probabilidad de maltrato en aquellos padres que fueron maltratados en su infancia (Widom, 1989), ello no significa que la relación entre haber sido maltratado y convertirse en maltratador sea directa e inevitable (Kauffman y Zigler, 1987; Rivero y de Paúl, 1994).

**3.3. Ausencia de vínculos afectivos y pautas de crianza inadecuadas.** La Comisión sobre Violencia y Juventud de la Asociación Psicológica Americana (APA, 1993) concluye que los jóvenes con especial riesgo para el desarrollo de comportamientos violentos suelen compartir experiencias similares de aprendizaje tales como: ausencia o inadecuada vinculación afectiva, pautas de disciplina inconsistentes, altamente punitivas, ausencia de supervisión y pobre estimulación o reforzamiento social de los comportamientos prosociales.

Los modelos de apego inseguro (López, 1995) están asociados con una mayor sensibilidad interpersonal caracterizada por una mayor vigilancia de las interrupciones que pueden acontecer en las relaciones (amenazas de separación y abandono, sensibilidad al rechazo,...) y

concomitantemente por una excesiva preocupación acerca de la disponibilidad de las relaciones de la pareja. Específicamente, modelos inseguros pueden subrayar la tendencia de los adultos a reaccionar con irritación extrema, ansiedad cuando se percibe que las relaciones están amenazadas (Murphy, Meyer y O'Leary, 1994; Wolfe, Wekerle y Scott, 1997).

Por el contrario, entre los factores de **protección** se encuentran condiciones educativas y de crianza caracterizadas por un ambiente escolar estimulante y facilitador, la existencia de redes sociales y de amigos que incentivan comportamientos prosociales, una adecuada vinculación afectiva, pautas de crianza y de disciplina coherente y predecibles y una supervisión con normas y límites claros (Paterson, 1982; Werner, 1987; Rutter, 1979). En la tabla III se muestran, de manera resumida algunas de las diferencias encontradas en las observaciones realizadas por Patterson (1982) entre

familias de niños agresivos y niños no agresivos.

Desde una perspectiva transaccional, el rechazo de las familias y el fracaso escolar puede facilitar el contacto con grupos de iguales con comportamientos antisociales quienes proveen de apoyo, estima, aceptación y ánimo por incurrir el comportamientos antisociales.

#### 4. Factores personales

Finalmente, a medida que nos acercamos al final más estrecho del embudo consideramos las características psicológicas de los niños en riesgo. Sus limitaciones individuales o desafíos (tales como agresión, impulsividad y problemas de autoestima) pueden interactuar con estas influencias ambientales prevalentes en un modo dinámico y convincente que conduce a la violencia en las relaciones, a la actividad antisocial, o a ambas.

Tabla III  
Diferencias de pautas familiares (Patterson)

	Familias de niños agresivos	Familias de niños no agresivos
Disciplina	Disciplina inconsistente	– Demandas morales firmes – Uso intensivo de razonamiento y explicaciones
Castigo	Castigo no efectivo porque no se asocia claramente con la transgresión de normas o porque cede a las demandas	– Uso de castigos psicológicos más que físicos que inducen ansiedad o culpa más que rabia
Supervisión	Falta de supervisión	– Uso consistente de límites y normas claras
Afecto	Falta de empatía	– Fuertes lazos de afecto
Actividades compartidas	No se implican ni comparten actividades agradables con sus hijos	Se implican y comparten actividades agradables con sus hijos

*¿Por qué hay niños que cuando jóvenes llegan a comportarse violentamente?...*

El temperamento del niño se ha contemplado como un factor de riesgo o de protección según se manifieste. Así, los niños "dificiles" con comportamientos caracterizados por mayor irritación, rabietas, y oposicionismo, con mala salud, están más propensos a recibir castigo, agresión y maltrato y, de esta manera, generar el ciclo de la violencia. Por el contrario, los niños "fáciles" de trato, con humor agradable, afectuosos, de fácil adaptación y buen desarrollo del lenguaje tuvieron menos probabilidad de recibir castigo y agresión (Werner, 1987).

Por otra parte, mientras que una importante presencia de trastornos o problemas del comportamiento en edades tempranas y en diferentes situaciones, y un pobre rendimiento académico e intelectual están asociadas o predicen conducta antisocial, el éxito en las tareas escolares, una mayor autoestima, la autonomía y la competencia social y de solución de problemas son, por el contrario, factores de protección frente al desarrollo de la violencia (Ollendick y Hersen, 1983; Spivack y Cianci, 1987; Werner, 1987; Kazdin y Buela-Casal, 1994).

La competencia social y emocional se contempla como uno de los factores de riesgo —su ausencia— o de protección por excelencia, no solo frente a la violencia y conducta antisocial, sino para el desarrollo y socialización en general (Rutter, 1979; White, 1979; Spivack y Cianci, 1987; Werner, 1987; Goldstein y Keller, 1991; Jiménez, 1994; Costa y López, 1996; Díaz Aguado, 1996).

Dentro del ámbito de la competencia socioemocional, la expresión de emociones y en particular la expresión de la furia e irritación juega un papel relevante. Parte del afrontamiento que los niños

tienen que hacer de los conflictos con los padres e iguales tiene que ver con la adecuada/inadecuada expresión de irritación y enfado. Los niños con experiencia de maltrato suelen tener dificultades para modular estas reacciones emocionales y pobres habilidades verbales. Por otra parte, las diferencias de género son claramente evidentes en el sentido de que los chicos desarrollan más la capacidad de usar la violencia como un medio de control psicológico y social (Wolf, Wekerle y Scott, 1997). Esto es compatible con las descripciones proporcionadas por mujeres maltratadas acerca de su maridos como faltos de habilidad para expresar emociones de enfado lo que conlleva el desarrollo de sentimientos crónicos de frustración y de incremento de la probabilidad de utilizar métodos violentos para obtener mayor control en las relaciones.

La violencia heterosocial durante la adolescencia, combinada con una historia pasada de violencia en la familia de origen son fuertes predictores de violencia íntima en la edad adulta y en el matrimonio. Muchos jóvenes son capaces de escapar de este cuello del embudo, especialmente cuando se les proporciona oportunidades positivas de aprender modos saludables de relacionarse. Uno de los desafíos más notables de los adolescentes es la resolución de conflictos con su entorno social, especialmente con su grupo de iguales (Wolf, Wekerle y Scott, 1997).

#### **MODELOS TEÓRICOS PROPUESTOS PARA EXPLICAR EL DESARROLLO DE LA VIOLENCIA Y AGRESIÓN**

Aunque se sabe que la agresividad temprana, la exposición a la violencia, la experiencia de maltrato y determinadas

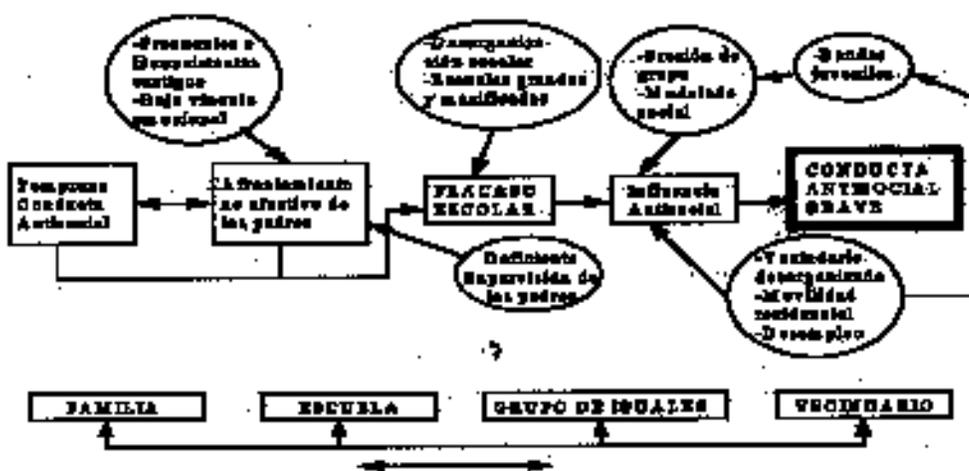
pautas familiares parece contribuir al desarrollo de conductas agresivas en etapas posteriores, se conoce poco sobre los mecanismos o procesos específicos que pueden ser responsables del desarrollo de la violencia. Se han propuesto diferentes modelos teóricos para explicar el desarrollo de la violencia. Coohy y Braun (1997) y Milner (1993) proponen marcos conceptuales integrados para comprender la violencia inherente al maltrato infantil en donde subrayan elementos derivados de la teoría del procesamiento de la información y de aprendizaje social.

Para el desarrollo de la violencia en general merece destacarse la Teoría de Aprendizaje Social que postula que los niños pueden aprender comportamientos agresivos a través de la observación de modelos agresivos y a través de las experiencias específicas de reforzamiento a los que se ven expuestos con sus actos agresivos (Bandura, 1973; 1987; Bandura y Ribes Iñesta, 1975). Estos mecanismos, apoyados en observaciones

y trabajo de laboratorio, se han utilizado para explicar la transmisión intergeneracional del maltrato y el desarrollo de comportamientos agresivos en niños que han estado expuestos a experiencias tempranas de violencia. En este marco teórico merece destacarse el trabajo que Gerald Patterson y sus colaboradores vienen desarrollando en el Centro de Aprendizaje Social de Oregón (Patterson, 1982) así como los de Wahler (1972, 1990) y en nuestro país, Cerezo (1997 a y b). De estas aportaciones teóricas pueden extraerse algunas razones por las cuales los niños pueden fracasar en desarrollar comportamientos prosociales alternativos a la violencia y agresión:

1. El desarrollo del comportamiento antisocial grave se va "fabricando" a través de los procesos y transacciones en las que se ven involucradas los principales escenarios de socialización de los niños y adolescentes: familia, escuela, grupo de iguales y vecindario en un contexto social y cultural determinado. (Ver figura nº 3).

Figura 3  
Modelo de desarrollo del comportamiento antisocial grave



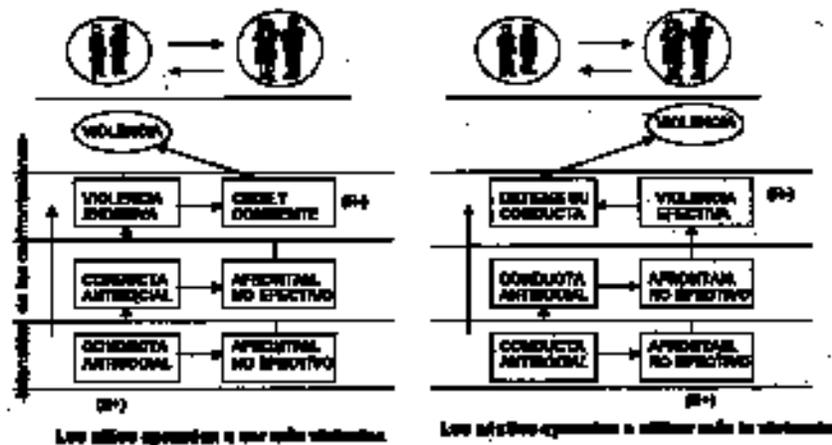
¿Por qué hay niños que cuando jóvenes llegan a comportarse violentamente?...

2. Mucha de la agresividad de un niño surge como un efecto secundario natural del propio proceso de socialización. Ya desde el nacimiento los niños muestran un repertorio más o menos amplio de conductas coactivas para influir en sus padres y satisfacer así demandas que incluyen llantos, rabietas y gritos. Cuanto más pequeños más fuertes son sus demandas para la gratificación inmediata de sus deseos, desarrollándose a veces, dentro de una clara manipulación y confrontación. A medida que los niños se van haciendo mayores, estas conductas coactivas van declinando a medida que se va adquiriendo mayor autocontrol y más capacidad y habilidad para demorar las demandas negativas e imperiosas y para expresarlas de una manera socialmente competente.

3. Los padres, desde un principio, han de hacer frente a todo este repertorio de conductas coactivas, muchas de las cuales, y dependiendo de la edad de los niños, no son por mucho tiempo acepta-

bles por los padres. Y es en el tipo de afrontamiento que los padres hacen donde comienza a generarse diferencias en la socialización de los niños. Dependiendo de sus habilidades, de su autocontrol emocional, de su carga psicológica o estrés y de las mayores o menores dificultades que presenta el comportamiento del niño, los padres pueden reforzar inadvertidamente la manifestación de conductas coercitivas atendiendo a ellas, cediendo ante ellas, o de otros modos de proveer de resultados. Padres e hijos se ven atrapados en lo que Patterson ha definido como la **trampa del refuerzo** (ver figura n° 4) que no es otra cosa que una escalada de confrontaciones cada vez más intensas que se saldan, en ocasiones, con éxitos en el control de las conductas aversivas o negativas del hijo, y en ocasiones también, con ceder ante la impetuosidad de las demandas. De esta manera, los hijos aprenden a ser más agresivos, y los padres aprenden a utilizar el castigo de manera más intensa. En este proceso también intervienen los hermanos.

Figura 4  
La trampa del refuerzo-la escalada de la violencia



4. Este proceso facilita el que los padres aprendan a usar el castigo inconsistentemente cuando tratan de manejar las conductas coercitivas y agresivas de sus hijos.

5. En otras ocasiones, cuando los padres castigan tienen probabilidad de hacerlo de una manera tan débil que les falta credibilidad. La ausencia de límites provee de un contexto de aprendizaje inseguro y en las que resulta probable respuestas explosivas a situaciones para las que no existen normas familiares claramente comprendidas y establecidas. A medida que los niños se acercan a la adolescencia y se desarrollan más fuertes, más asertivos y más rebeldes, lo que fueron situaciones realmente difíciles para los padres pueden llegar a ser amenazantes y, en algunos casos, peligrosas, especialmente donde los niños han estado con demasiado control sobre sus decisiones.

6. Por otra parte, los padres pueden descuidar la enseñanza de habilidades prosociales bien por ausencia de un modelado adecuado o bien por no asumir de manera sistemática el reforzamiento, elogiando o animando, de comportamientos prosociales y de solución de problemas. De esta manera, la familia pierde su capacidad de influencia positiva en el proceso de socialización.

7. Esta escalada de comportamientos coloca a estos niños en condiciones de mayor vulnerabilidad en el otro escenario de socialización: la escuela (ver Figura n° 3). El **fracaso escolar** contingente, sobre todo, si el escenario escolar es desorganizado, arroja a estos niños a

otras influencias que son más efectivas, las del grupo de iguales.

8. Si, por último, estos niños viven en un vecindario desorganizado con altas tasas de desempleo y movilidad residencial en los que existen bandas juveniles, la presión y el modelado social ejercido por estos grupos configura un **patrón de fuerte influencia antisocial** que sienta las condiciones para la estabilización de la conducta antisocial grave. La aceptación de estos grupos y los incentivos que dispensan a estas conductas vienen a ser el poderoso incentivo para que se establezcan en un contexto sociocultural propicio.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

El conocimiento de los factores de riesgo y de protección y de las hipótesis explicativas de cómo operan para el desarrollo de la violencia interpersonal en los seres humanos, es un buen punto de partida a partir del cual podemos plantearnos, sobre bases realistas, el difícil reto de cómo prevenirla y, sobre todo, de cómo hacer fácil el desarrollo de las relaciones humanas en general. Nos queda aún mucho por conocer en este terreno y es un campo abonado para persistir en la investigación básica, pero también es verdad que sabemos ya lo suficiente como para poner en práctica muchas acciones y programas con finalidades preventivas y terapéuticas. Programas que, para ser efectivos, deben estar orientados en el marco políticas de desarrollo social porque amplios y complejos son los factores que configuran y asientan tanto los riesgos como los factores de protección para el desarrollo del comportamiento antisocial grave.

## REFERENCIAS

- American Psychological Association (1993). *Violence and Youth: Psychology's Response*, Vol. 1. Summary Report of the American Psychological Association Commission on Violence and Youth. Washington, D.C.: APA.
- Arruabarrena, M.I.; de Paúl, J. y Torres, B. (1994). *El maltrato infantil. Detección, notificación, investigación y evaluación*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Bandura, A. (1973). *Aggression: A social learning analysis*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Bandura, A. (1987). *Pensamiento y acción. Fundamentos sociales*. Barcelona: Martínez Roca.
- Bandura, A. y Ribes Iñesta, E. (1975). *Modificación de conducta. Análisis de la agresión y la delincuencia*. México: Trillas.
- Burchard, J.D. y Burchard, S.N. (1987). *Prevention of Delinquent Behavior*. Beverly Hills, CA: SAGE.
- Cerezo, A. (1997a). Parent-child conflict, coercive family interaction and physical child abuse. En R. Klein (Ed). *Multidisciplinary Perspectives on Family Violence*. London: RosHedge (17-40).
- Cerezo, A. (1997b). Abusive Family Interacción: A Review. *Aggression and Violent Behavior*, Vol. 2, n° 3, 215-240.
- Chasin, B. (1997). *Inequality and violence in the United States*. Atlantic Highlands: Humanities Press International.
- Coohey, C. y Braun, N. (1997). Toward an integrated framework for understanding child physical abuse. *Child Abuse and Neglect*. Vol. 21, n° 11, 1081-1094.
- Costa, M. y López, E. (1996). *Educación para la Salud*. Madrid: Pirámide.
- Costa, M. y Morales, J.M. (1997). La prevención del maltrato infantil. En J. Casado Flores, J.A. Díaz Huertas y C. Martínez González (Eds). *Niños maltratados*. Madrid: Díaz de Santos (325-336).
- Díaz-Aguado, M.J. (1996). *Programas de educación para la tolerancia y prevención de la violencia en los jóvenes*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Instituto de la Juventud.
- Dodge, K.A.; Pettit, G.S. y Bates, J.E. (1994). Socialization mediators of the relation between socioeconomic status and child conduct problems. *Child Development*, 65, 649-665.
- Elzo, J. (1997). Los jóvenes vascos: ¿jóvenes en conflicto social? En Varios. *Justicia Juvenil en la C.A.P.V.*. Bilbao: Gobierno Vasco y Consejo General del Poder Judicial. (13-39).
- Ferguson, D.M. y Lynskey, M.T. (1997). Physical punishment/maltreatment during childhood and adjustment in young adulthood. *Child Abuse and Neglect*, Vol. 21, n° 7, 617-630.
- Finkelhor, D.; Hotaling, G.T. y Lewis, I.A. (1990). Sexual abuse in a national survey of adult men and women: prevalence, characteristics and risk factors. *Child Abuse and Neglect*, 14, 19-28.
- Goldstein, A.P. (1994). *The ecology of aggression*. New York: Plenum Press.
- Goldstein, A.P. y Keller, H.R. (1991). *El comportamiento agresivo. Evaluación e intervención*. Bilbao: DDB.
- Gracia, E. y Musitu, G. (1993). *El maltrato infantil. Un análisis ecológico de los factores de riesgo*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Greenberg, M.T.; Cicchetti, D. y Mark Cummings, E. (1990). *Attachment in the preschool years. Theory, research and intervention*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Gregg, S. (1995). *Preventing Antisocial Behavior in At-Risk Students*. A Policy Brief by Appalachia Educational Laboratory. A (US) State Policy Program 1995.
- Gullotta, T.P.; Adams, G.R. y Montemayor, R. (1998). *Delinquent Violent Youth, Theory and Interventions*. London: SAGE.
- Henderson, S.H.; Hetherington, E.M. y Mekos, D. (1996). Stress, parenting, and adolescent Psychopathology in nondivorced and stepfamilies: A within-family perspective. En E.M. Hetherington y E.A. Blechman (Eds). *Stress, coping and resiliency in children and families*. Mahwah, New Jersey: Lawrence Erlbaum. (39-66).
- Holden, G.W. y Ritchie, K.L. (1991). Linking extreme marital discord, child rearing, and child

behavior problems: Evidence from Battered women. *Child Development*, 62, 311-327.

Holtzworth-Munroe, A.; Smutzler, N. y Sandin, E. (1997). A brief review of the research on husband violence. Part II: The Psychological effects of husband violence on battered women and their children. *Aggression and Violent Behavior*, Vol. 2, n° 2, 179-213.

Jiménez, M. (1994). Competencia social: intervención preventiva en la escuela. *Infancia y Sociedad*. 24, 22-48.

Jiménez, J.; Moreno, C.; Oliva, A.; Palacios, J. y Saldaña, D. (1995). *El maltrato infantil en Andalucía*. Sevilla: Dirección General de Atención al Niño. Consejería de Trabajo y Asuntos Sociales.

Kazdin, A.E. y Buela-Casal, G. (1994). *Conducta antisocial. Evaluación, tratamiento y prevención en la infancia y adolescencia*. Madrid: Pirámide.

Martín Serrano, M. y Velarde Hermida, O. (1996). *Informe Juventud en España*. Madrid: Instituto de la Juventud. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

Milner, J. (1993). Social Information Processing and Physical Child Abuse. *Clinical Psychology Review*, 13, 275-294.

Morales, J.M. y Costa, M. (1997). Tendencias actuales en la investigación del maltrato infantil. En J. Casado Flores, J.A. Díaz Huertas y C. Martínez González (Eds). *Niños maltratados*. Madrid: Díaz de Santos (309-324).

Murphy, L.B. y Moriarty, A.E. (1976). *Vulnerability, coping and growth from infancy to adolescence*. New Haven: Yale University Press.

Murphy, C.M.; Meyer, S. y O'Leary, K.D. (1994). Dependency characteristics of partner assaultive men. *Journal of Abnormal Psychology*, 103, 729-735.

Ollendick, Th. H. y Hersen, M. (1983). *Handbook of Child Psychopathology*. Nueva York: Plenum Press.

Olweus, D. (1992). Victimization among schoolchildren: Intervention and Prevention. En G.W. Albee, L.A. Bond y T.V. Cook Monsey (Eds).

*Improving Children's Lives. Global Perspectives on Prevention*. Newbury Park: SAGE (279-295).

Patterson, G.R. (1982). *Coercive family process*. Eugene, OR: Castalia.

Rivero, A.M. y de Paúl, J. (1994). La transmisión intergeneracional de pautas de comportamiento social en familias maltratadoras. *Infancia y Sociedad*, n° 24. 119-137.

Robins, L.N. (1978). Study childhood predictors of adult antisocial behavior: Replications from longitudinal studies. *Psychological Medicine*, 8, 611-622.

Rutter, M. (1994). Family discord and conduct disorder: cause, consequence, or correlate? *Journal of Family Psychology*, 8, 170-186.

Rutter, M. (1987). Psychosocial resilience and protective mechanisms. *American Journal of Orthopsychiatry*, 57, 316-331.

Sariola, H. y Uutela, A. (1992). The prevalence and context of family violence against children in Finland. *Child Abuse and Neglect*, 16, 823-832.

Spivack, G. y Cianci, N. (1987). High-Risk Early Behavior Pattern and Later Delinquency. En J.D. Burchard y S.N. Burchard (Eds). *Prevention of Delinquent Behavior*. London: SAGE (44-74).

Werner, E.E. (1987). Vulnerability and Resiliency in Children at Risk for Delinquency: A longitudinal Study from Birth to Young Adulthood. En J.D. Burchard y S.N. Burchard (Eds). *Prevention of Delinquent Behavior*. London: SAGE (16-43).

Whaler, R.G. (1972). Algunos problemas ecológicos en la modificación de la conducta infantil. En S.W. Bijou y E. Ribes Iñesta. *Modificación de conducta. Problemas y extensiones*. México: Trillas (23-40).

Whaler, R.G.; Williams, A. y Cerezo, M.A. (1990). The compliance and predictability hypothesis: sequential and correlational analysis of coercive mother-child interactions. *Behavioral Assessment*, 12, 391-407.

Ziegler, E. (1994). Early Intervention To Prevent Juvenile Delinquency. En Ph. W. Long. *Internet Mental Health (www.mentalhealth.com)*, 1995-1997.